



Claudio Castillo

Guajara y otros cuentos

Fundación Editorial

elperroylarana

COLECCIÓN
Páginas Venezolanas
SERIE Contemporáneos

Claudio Castillo

Guajara y otros cuentos

COLECCIÓN
Páginas Venezolanas
SERIE Contemporáneos

© Claudio Castillo

© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar

Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399.

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Twitter: @perroyranalibro

Diseño de la colección:

Jhon Aranguren

Mónica Piscitelli

Edición al cuidado de: Jesús Rodríguez y Gabriel Castillo

Corrección: Francisco C. Romero H.

Diagramación: Jairo Noriega

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal DC2018001129

ISBN 978-980-14-4213-4

colección ***Páginas Venezolanas***

Esta colección celebra a través de sus series y formatos las páginas que concentran tinta viva como savia de nuestra tierra, es feria de luces que define el camino de un pueblo a través de la palabra narrativa en cuentos y novelas. La constituyen tres series:

Clásicos abarca obras que por su fuerza y significación se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana.

Contemporáneos reúne títulos de autoras y autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer fluir nuevas perspectivas y maneras de exponer la realidad.

Antologías es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren portales al goce y la crítica.

La inspiración no existe. Es solo una palabra que utilizan para engatusar y hacer trampas en el arte. Yo mientras más cosas hago voy sintiendo la inmensidad del arte donde no hay término ni camino que muera. ¡Pobre de aquellos que se sienten consumados o que solo pueden ver al arte por una ventana o repiten una y otra vez las mismas necedades! La única idea posible es aquella del trabajo; lo demás es entretenimiento de borrachos y retórica de fanáticos. Pienso que ser artistas estriba en trabajar y nunca esperar que le rindan pleitesía o estar por encima de los demás.

ENTREVISTA A CLAUDIO CASTILLO.
En: *El Siglo*, 26-04-1981, "Cuartillas", p. 2.

Claudio Castillo: cuentista o una imitación de sí mismo

Para adentrarnos en la cuentística de Claudio Castillo, indefectiblemente tenemos que seguir el derrotero que de alguna u otra manera nos enortará hacia ese numen en el cual Claudio Castillo hizo de postulado estético, vale decir: una cuentística donde el hombre es el protagonista único de su propia aventura. El hombre, particularmente el santacrucense, de donde extrajo su magín fabulador, será el ente vivificador del cual Claudio Castillo develará, para bien o para mal, en todo su universo; mostrándolo, incluso, tal cual es, con todas sus identidades idiosincráticas que han marcado en él sus improntas; pero teniendo siempre el acicate de la esperanza como razón de ser. Para buscar en las profundas aguas donde el hombre será autor de sus designios, Claudio Castillo apela a su mejor virtud, a su canto de sirena, a la que lo posibilitó para encarar el rostro de lo cotidiano y revelarnos un mundo todo desconocido: una febricitante fabulación. He aquí, ciertamente, su mejor apercibo para escalar las más altas cotas de la cuentística regional. Tanto es así, que sus protagonistas, aunque extraídos de la realidad circundante, serán atrapados por una atmósfera donde el realismo se confunde, de manera hartamente perfecta, con lo surreal.

Lo que en apariencia está planteado con el signo de lo cotidiano, Claudio Castillo, por su embriagante sentido fabulador, lo trastoca en espectros que se reflejan en espejos de sí mismo; constructores de sus propias aventuras, de sus destinos. El hombre en los relatos de Claudio Castillo, va a inquirir su sino; va a preguntarse la razón de su existencia sin caer en manidas teorías filosóficas; le da sentido a todo lo que le rodea y, finalmente, la vida tendrá una singular visión. Es así como el medio rural se confunde con las imágenes de lo onírico, donde los personajes de la anécdota alzan el vuelo de lo surreal, para luego emerger con toda su carga de gesto y naturalidad humana.

El lenguaje de Claudio Castillo se fundamenta en una trabazón donde destaca la escritura directa, ayuno de peripecias y cabriolas gratuitas. No obstante, aunque echa mano de una escritura sin amaneamientos, Claudio Castillo no desdeña el rigor, ni tampoco sacrifica a este para que sea más accesible al lector. Con Claudio Castillo, el cuento nos dio la clave del sortilegio de que es capaz; lo inverosímil, lo exagerado como fórmula literaria y lo sobreabundante, tomaron decidido cuerpo y él demostró sus innegables cualidades de desfogar una nada común vena creadora, esto es: fue una imitación de sí mismo; y como en aquel poema de Borges “es el mismo y es otro, como el río interminable”.

SANTIAGO ROJAS PERDOMO
Maracay, noviembre de 1995.

Claudio vivía en sus cuentos

I

Por cada uno de sus personajes, por las tantas cosas que nos dijimos y dejamos de decirnos. Por *Guajara*, por los pájaros, por el mismísimo Dios montado en un árbol de la plaza de Santa Cruz de Aragua. Por la manera de acercarse Claudio Castillo en su bicicleta y mostrar un cuaderno muy usado y un lápiz Mongol casi tuquito. Por la risa que nos daba cuando leía, y luego él se ponía serio y decía que todo el que venía a su pueblo salía convencido de que sus personajes andaban por ahí, silbandito, diciendo cosas, hasta malas palabras. Entonces nos asomábamos a una esquina cualquiera y, en efecto, por ahí venían una loca, una mujer cualquiera, un Niño Jesús llorando. Y no nos quedaba otra que aceptar que Claudio tenía razón: sus personajes vivían con él, estaban muy cerca de su casa. Es más: eran él, porque Claudio, que también hacía teatro, se disfrazaba de prostituta, de niño, de mujer, de viejo, de virgen, de montaña, de miles de pájaros que comían de su mano. Bueno, es que la magia estaba allí, ante nuestros ojos. Y lo malo era que nos costaba creerle. Pero llegó la hora, llegó el momento. Y nos leyó todos los cuentos, y así le creímos. Bueno, en medio de tanta confusión, porque Claudio nos confundía, terminábamos inventando a Claudio.

II

Otra cosa son estos cuentos en este libro. Muchos de ellos formaban parte de nuestra bitácora juvenil. De nuestra manera de callejear aquella felicidad que se estiraba entre Maracay y Santa Cruz. Un día Claudio nos colocó una rara medalla y nos nacionalizó, nos dio visa permanente de entrada y salida de su pueblo. Y allí nos metimos en los cuentos. Los leímos, unos, y otros nos sorprendieron porque los tenía escondidos y supimos de ellos cuando ganaban premios.

Claudio cuenta como si conversara con uno. Sabía contarles a los muchachos. A los viejos también. Por eso le decían loco, porque tenía una locura bella en medio de los ojos. Y lo que echaba por la boca se convertía en brillo. Por eso escribo esta nota como si Claudio la hablara. Es Claudio quien la escribe, quien me dicta. Me cuenta desde su más allá infinito. Pero, ¿qué son esos cuentos de Claudio Castillo, natural de Santa Cruz de Aragua?

Son los cuentos de sus calles, de su barrio, de su plaza, de su iglesia, de la gente que le pasaba por la mente. Son los personajes que lo imaginaron a él. Porque Claudio Castillo era un cuento que nos contaron y se hizo realidad en otro cuento que aún no nos han contado. Bueno, en verdad que no encuentro el camino para decirlo: la literatura de este escritor revela el imaginario de quien vivió rodeado de voces, de imágenes, de colores, de trazos, de paisajes humanos anclados en el silencio de su observación.

Cierro los ojos y leo estos cuentos. Cierro los ojos y me veo una tarde con Claudio en una calle de su pueblo. Mientras andamos se le amontonan las anécdotas, los personajes en las sienes. Después me cuenta:

—“Tengo un cuento entre pecho y espalda a punto de salir”. Y así salía. Y así lo leemos. Y así se hace libro. Por eso, con él, con el libro, llevamos a Claudio en el bolsillo, cerca del corazón.

ALBERTO HERNÁNDEZ
Maracay, julio 2012.

Claudio Castillo, el fabulador y el mago

Claudio Castillo (1941-1994) fue uno de los pintores *naïfs*, también llamados ingenuos, que surgieron en la época de mayor auge de esta tendencia, en los años sesenta. Fue identificado en Santa Cruz de Aragua, de donde era originario, y revelado en una exposición individual celebrada en Caracas en 1969. Esta muestra puso a rodar su nombre, ubicándolo al lado de maestros como Bárbaro Rivas y Feliciano Carvallo, entre los mejores.

De origen campesino y nacido en un hogar muy pobre, Castillo tuvo que desempeñar los oficios más humildes, como obrero del campo, vendedor ambulante y manicero, antes de contraer matrimonio y poder llegar a graduarse de topógrafo, en Maracay. Profesión que ejerció hasta el momento en que descubrió, asistiendo a un taller libre, que tenía talento artístico. Tras su exitosa exposición de Caracas, concebida en el más estricto código popular, Castillo decidió dedicarse a la pintura y comenzó a enviar sus cuadros a salones regionales y nacionales, en Maracay y en Caracas principalmente, llegando a obtener galardones como el Premio del Salón Aragua para pintores ingenuos, en 1970, un premio en el Salón del Centro Simón Bolívar, y la mención del Salón CANTV para escoger la portada de Caveguías, en 1978;

así como, para no quedarse atrás, el Premio Bárbaro Rivas del Salón Arturo Michelena, en Valencia, 1984.

Al carácter costumbrista de una primera época en que reflejó el anecdotario, costumbres y festividades de los santacruceños, captados en complejas escenas de pintoresco colorido, no tardó en seguir, en la obra de Castillo, una tendencia mística, fruto de sus lecturas bíblicas y de su creencia en el retorno del Cristo Redentor, tal como lo vimos en obras en donde el Señor aparece rodeado de una gran multitud, hasta copar materialmente toda la superficie plana del soporte.

Pero esto no fue todo. No faltó en Claudio Castillo el genio investigativo y la versatilidad de quien, no conforme con pintar, descubriría muy pronto la literatura, con la ayuda de los consejos de un vecino, el humorista Aquiles Nazoa, y a la vista de los manuscritos que a este le presentaba para su lectura. Para dar a conocer sus textos, y adquirir reconocimiento con ellos, Castillo siguió el mismo camino que había tomado para su pintura: los salones y concursos literarios. Fue así como en 1973 debutó obteniendo el Premio de Cuentos del certamen literario de la Casa de la Cultura de Maracay. Al que siguieron otras recompensas, como la mención especial en el concurso para teatro de la Sala Juana Sujo, en 1977, con su pieza *Petrica*, montada exitosamente por el grupo de aquel espacio escénico. Escribió también para el repertorio infantil abundantes ficciones.

Desplazando su interés por la pintura hacia la escritura, la carrera literaria de Castillo hubiera continuado ganando adeptos y cosechando éxitos, de no haber ocurrido un accidente: una extraña enfermedad mental que le sobrevino a los cuarenta años paralizando sus facultades intelectuales para el resto de su vida. Falleció en Santa Cruz de Aragua en 1994, a los 53 años, rodeado de familiares, de sus pinturas y sus manuscritos.

La excepcionalidad de Claudio Castillo, lo que lo hace singular en nuestro panorama artístico, no es que haya sido un excelente primitivista, formado de manera autodidacta, y cuya obra es comparable en logros a la de maestros como Carvallo y Víctor Millán, sino la versatilidad de su talento para desenvolverse en varias disciplinas y al mismo tiempo seguir siendo siempre él mismo. En la plástica venezolana no habíamos visto un caso semejante, si hacemos abstracción de Salvador Valero, el pintor trujillano. Solo que Valero se desempeñó, a tiempo

que pintaba, como un historiador e indigenista, en tanto que Castillo, ganado por el duende narrativo, rinde tributo a la fabulación fantástica, a aquella que se sitúa al borde de la locura y entre la ficción onírica y la magia. Con un toque de oralidad y humor que no hubiera vacilado nuestro Armas Alfonzo en considerar a la par de la suya.

En *Guajara*, por voluntad de sus descendientes, se reúne una muestra de los relatos más calificados de Castillo; ganadores algunos de ellos de concursos, como “Vino, se lo llevó y lo trajo ido”, o ya editados, o inéditos otra parte, para conformar con todo ello una antología a la que, en conjunto, no sería aventurado poner al lado de la producción de nuestros principales maestros del género.

JUAN CALZADILLA
Caracas, agosto 2012.

Cuento sobre el carnaval de los pájaros

Se reunían los pájaros para hacer su carnaval y de pico en pico, se decían las cositas de las cosas.

Habría piñatas de zancudos, carreras de palomas mensajeras, tortas de néctar floral. Cada ave con su pico anotaba en su libreta lo que oía; cada uno se pondría ese día el traje de plumas inventadas; cada ave llevaría en su pico su canto más tierno y profundo. Así, llenas de alegría, fueron al mar y recogieron sal e hicieron espejos para mirarse la coquetería a toda hora. Así fue como los árboles se llenaron de cantos; así fue como se fabricaron nidos de hacer pelucas y peinados a las plumas; así fue como se inventó la fotografía de los ojos, viéndose cara a cara o de tú a tú. Llenaron las calles del espacio de papelillos de hojas secas; llenaron los colgaderos de ropas lavadas en el río de trinar trinos; llenaron los nidales con el dulce aguardiente de la alegría; y llenaron y vaciaron las nubes de una orquesta ruidosa y mañanera. Y se fueron empapelando las casas con los carteles que repartían las cigüeñas; y se fueron sacudiendo el polvo de la flojera; y se fueron amontonando en los cerros de las horas para esperar al señor Reloj de la partida; y llegaba el público para el carnaval de todos los puntos cardinales; y llegaban caravanas con reinotas y reinitas; y llegó la tarde y se durmieron todos.

Al día siguiente, cuando el señor avestruz, Presidente de los carnavales, anunciaba el inicio de las fiestas, un humano mató un colibrí. Jamás se volvieron a reunir las aves.

Del miedo cerrándome los ojos

Ululando el carro de juguete recién estrenado, me iban siguiendo, lo iba creyendo en mi miedo de borracho. “Mamá, dicen que hay un cuarto lleno de juguetes”. Se me iban, volvían, bailoteaban, las alcanzaba, me huían las palabras terminando de llenar el huequito de la ilusión. “Solo le dan a los de quince para abajo”. Yo sé bien que venía pensando en la islita de azúcar de ocho gramos de peso que se hundió en mi café con leche, me acuerdo bien. No me lo des muy caliente, y él que me dijo: “¿Cómo estás?”, y yo, “ahí... ahí”. El miedo azucarado. Siempre este miedo de mierda, de creer que voy a llegar tarde a donde nunca me han invitado. “¿Qué se creará Valdivieso, que los juguetes los compró él con su sueldo?”. Después de vomitar bastante me senté a fumar un cigarrillo. Mal me cayó. Yo no veía los bultos por lo oscuro y mi cabeza doliendo y embotada. La anatomía del miedo cerrándome los ojos.

“¡Apúrate, muchacha, que me canso!”. De mí no se daban cuenta. ¡Ay! y yo con ganas de chillar, por esa regresadera de cabeza al cuarto hediondo a flores podridas con santicos tiesos, desconchados y mi perro envenenado y yo enamorado de la mujer de mi tío y yo con pito de agua, pajarito de agua y mi madre de domingo a domingo y yo con las

piernas sin moverlas y Emilia enjorquetándome y yo haciendo un túnel desde los ciruelos para asustar a mi abuela en la cocina y yo rezándole al ciruelo, porque ese era Dios y yo con miedo de morirme y con miedo de seguir viviendo para ir al infierno y yo pensando en ese candelero y yo pensando tener plata y pagar bastantes misas y salvarme y yo ahora creyendo en Dios, en el Diablo, en las putas, en los maricos, en ninguna verdad y amando y odiando. Me detuve un buen rato a ver el trapo azulnegro del cielo. Se les había caído algo a los muchachos, por eso los alcancé.

“¡Y si no me pongo brava, perdemos el viaje!”. Cuando me vieron junto a ellos, dijo uno: “Déjalo, lo buscamos mañana”. Mañana, mañana..., mañana van a encontrar el mismo miedo de hoy, casi les grité. Corrieron hacia atrás o hacia adelante, pero corrieron. Una sueñera me entró de repente y me senté en una acera. Pasó una niña cantando: “Los de adelante corren mucho y los de atrás se quedarán”. Me reí; lloré silencioso. La niña atravesó otra vez, gritando: “¡Ya está libre... Ya está muerto!”. Sentado me enrosqué lo más que pude.

Y calladito ahí, atrás; la mariquera esa de la memoria, mi mamá calladita mecateándose por robarme la plata de la comida y yo llorando porque no me vistieron de angelito y yo con ese miedo chiquito que no cabía en la sombra del mamón donde le sacaron las tripas al hombre, y yo pretencioso en la misa con un flux cortico que no era mío y yo ahora con el miedo pendejo, agachado para que no me asuste. La misma gente de los juguetes volvió a pasar. “¡Para cagajón es que sirve el diputado ese!”, dijo la voz de antes. La noche estaría bien alta, porque yo no la veía. Arriba cruzó una luz que se disipó. “¿Viste mamá?... ¿Qué es eso?”. “¿Qué voy a saber. Son cosas demasiado grandes para una”. Se oscurecieron. No los oí más. Con mi miedo agachado. La calle acostada con el miedo y nadie lo pisotea, la miedura como antejojo. Uno con miedo de apagar y de alumbrar. Mi borrachera es miedo. Las oraciones miedo. Los niños con los juguetes miedean. La madre con los niños hablando es miedo. Yo después tambaleando y la noche sin dejarse ver. Llegué a la casa. Algo cerrado de un solo portazo en la borrachera y juré, como la penúltima vez, no beber más.

Son las 11 y 47 minutos. Sudo la bebida. Creo que es la magia del miedo. Tres mujeres pasan abrazadas de la calle o de ellas y unos hombres les envían obscenidades. Callan y siguen abrazadas. Las risas

alborotan las aves y una nerviosidad me pasea en la boca. Estoy cansado. Los mismos finales de todos los principios. Todo un señor ceremonial para ir pudriéndome, y yo diciéndole a la virgen que me dejara chiquito, así como el niño que tiene en los brazos y que pasan los años y no crece ni se enflacuchenta. Luego, el espejo y yo. En estos momentos dormirán los niños de los juguetes que deseaban los mayores. Amigo, tengo miedo. Me desconozco en la cercanía de todos. ¿Quién eres tú, amigo mío? A lo mejor nos encontramos en el útero de cualquier mujer. No sé si me entiendas. Tengo noventa metros cuadrados de piel. ¡Un papagayo de noventa metros cuadrados! ¡Casi nada! ¡Noventa metros cuadrados de mieditos en los poros!

La borrachera pasaba al espejo y me alegré un poco de dejar las cosas a otro, aunque fuere reflejo. La visión de la mujer que pasó junto a mí, meneando el rabo, acompañada, sola y preñada, el niño en los brazos, acompañada y sin niño y acompañada, sin niños, con... el miedo niño. Al acostarme, di vueltas y volví a vomitar. Pensé que si sería posible emborrachar al miedo. Dormí las pesadillas con sed. Al despertar, me quedé asombrado de haber guardado el miedo en la almohada. Me senté a esperar que todos los gallos del mundo cantaran desde el fondo del espejo que se iba empañando, y yo borroso y yo después llorando por el hermano muerto que no conocí y miedo por la osamenta del cementerio y que las cuiden bien para que no se escapen y mi abuela pegándome porque los evangélicos me dieron caramelos y la mujer de mi otro tío embrujada, halada por los cabellos debajo de la cama y yo diciendo “¡chazám!” y corriendo a ver si volaba y la puta vieja dándome caramelos todos los días y yo ahora pensando en salir a la calle y llegar al botiquín donde ayer me emborraché, pagar lo que debo, recostarme de la rocola, cantar calladito y pedir otra para desgraciar al miedo.

Vino, se lo llevó y lo trajo ido ¹

¿Sabe usted cuántos dolores de barriga? ¿Cuántas carreras a media noche? ¿Cuántas calenturas? Y ese chapoteo que hacía aquí adentro, encajado, a veces quieto, y yo corriendo en la lluvia para que él se acostumbrara desde ahí, su casa, mi vientre. En las noches se me aguanaban los ojos de tenerlos fijos en una estrella, para que él tuviera una buena y grande de juguete y se alumbrara en ese saquito donde estaba metido. Alguna vez me comí unas mariposas, creyendo en las alas de los angelitos; angelítico él, a lo mejor me nacía con alas. Los primeros gorgojeos de palabras le llegaban a uno como si estuvieran pasando por láminas de agua. ¡Cómo me trasnochaba! Y eso sin contar las veces que me volteaba en la cama para hacerle creer, y lo creyó, ¿sabe usted?, que vivía en un columpio. Esto no es fácil, señor: estar calentándolo a la orilla de la candela y él sin querer, pero el pobre, el pobre no sabía que dándole calor a él, mi estómago se alegraba; y si una vez no lo columpié, no fue mi culpa, sino una fiebre recia que me mancó las piernas por tres días. Después no lo sentí saltando, saltandito; para estar segura, me enrosqué como pude y lo llamé; sentí alegría cuando ¡ay! me dolió de

1 Nota del editor: Cuento ganador del Concurso de Cuentos de la Casa de la Cultura de Maracay, 1974.

este lado y se me acalambró una pierna. Y ese dolor de parir, si usted supiera, es lo más grande en dolederas. Se olvida uno de todo y todo y se va en pujar y descansar; si el dolor fuera seguidito uno se muere, señor. Mire, si ese dolor se regalara, se lo daríamos a los hombres, tal vez dejaran de encaramarse tanto. Vea esta foto cuando tenía tres, véale bien la cara, tan igual como si le estuvieran cayendo a murcielagazos; en esta de siete no parece que hubiera llorado tanto por la jaula abierta y sin saber por quién. Aquella es de cuando contaba diez añitos: está más serio y con su mirada de enamorado, y así era. ¿Sabe usted? De una muchacha negra, y él decía que le gustaba, porque y que tenía la boca como culito de gallina; y en esta de quince, le brinca la sonrisa por comer papel carbón; y ahí esa otra, tirada antes de la primera que le enseñé: lo estoy cargando yo... estaba más gorda... Ahora la malditica suerte de uno, señor. La única foto que no se le pudo tomar fue cuando recibió la primera comunión. Se confesó seis veces y siempre me decía que tenía un pecado que todos tenían. No quiso retratarse con los demás ni solo; por qué, porque no y no y no. Ese día se perdió hasta en la nochecita. Vengo puro, me dijo. Se veía morado y revolcado. Yo pensé que se había caído a golpes con el pecado ese que él decía que le quedaba. ¿Sabe usted cómo aprendió a leer? Fue por culpa de una novia que consiguió y ella le escribió una carta. El muy bolsa, pobrecito, duró tres años ahí en esa mesa con una vela y un libro y un cuaderno. Cuando fue a leer la carta, las letras se habían ido con el sudor y la novia con otro. Yo cogí la manía de prenderle la vela todas las noches, y él la veía arder hasta lo oscuro. Yo creo que la tristeza la cargaba en los pies: triste y sin levantar la cabeza o a lo mejor la cargaba en los hombros. ¡Vaya usted a saber!

¡Si usted lo hubiera visto riéndose! Eso fue cuando vino un circo que trajo un cuervo amaestrado y unas culebras enroscadas en un hombre más flaco que quién sabe. Sudó bastante para ganarse las entradas: cargó sillas y bancos de madera hasta la tardecita; le dieron dos tiques y nos fuimos a encaramar bien arriba, pero nos reíamos sabroso y con ganas y hasta con lágrimas y moco de tanta reidera. Él consiguió más entradas de tanto sudar, hasta que nos cansamos de ver lo mismo y hasta que los payasos se fueron poniendo viejos y hasta que los huecos de los postes se llenaron de sapitos rabones y hasta que el circo se puso grandote yéndose cuando estaba más o menos, así, de este tamaño. Le enseñé lo avisado que hay que ser en este mundo. Yo fui muy pájara,

¿sabe usted? Él era bueno, señor. Los únicos enemigos que tuvo, que yo le conocí, fueron las peladuras de adentro. En la frente tenía unas entradas grandes, signo de los inteligentes, y además era bonito. Me decían que por lo bonito no pasaría de los siete años; pero vea usted, lo que son las cosas de Dios: creció hasta que le dio la gana. La primera vez que durmió con mujer, vino muy silbandito y me lo dijo; lo corrí de mi cama y no durmió más conmigo. Le reclamé a la mujer que él me dijo, y, ¿sabe lo que me dijo?: que él era muy sabrosito y me iba a enseñar a ser hombre desde esa vez.

¿Ve usted aquellas matas? Ahí corría al mediodía y parecía que cargaba pedacitos de vidrios en el cuerpo. Y los pájaros lo conocían; él les daba pico y agua azucarada, y que para que cantaran más fuerte. Ahí se le quedaban los pensamientos como aserenándose y los recogía al día siguiente en sus carritos de sardinas. Como le dije andaba siempre triste. Creí que todo le había pasado, el día que trajo un gato negro y jugaban los dos arriba, debajo de la cama, y yo los veía y le daba gracias a Dios por haberle quitado la tristeza. Esa alegría duró unos días nada más y ahí donde ve ese montoncito de piedras, ahí lo enterró. Decía él que el gato lo que sabía era arañar y arañar y con los arañazos de afuera a él le dolían las peladuras de adentro. Me dolió no haberlo cueriao y paliao como lo hicieron conmigo. Ese día me puse brava con Dios pero me acordé que le debía un milagro, y le dije: “Ahora estamos en paz”. Le contaré y no es cuento, es la pura verdaíta; que mi muchacho tuvo que robar en la víspera de mi cumpleaños y me regaló esta medallita de la Virgen del Carmen. Se lo perdoné y le dije que no lo hiciera más, que lo castigaba Dios, que eso era malo. Desde ese día me molesta algo junto al corazón, no sé si por perdonarlo o por el peso de la medalla. Así era él, entero. Aquí en este envoltorio tengo el ombligo de nacimiento. ¡Quién va a creer que aquí tengo la otra vida de él ya seca y sin hediondecas! Pendejeras de uno, señor. No guardó nada. Él me decía que si se ponía a guardar las cosas, se iban a llenar las casas y los caminos de algo más feo que la necesidad y la tristeza. Los primeros dientes que tuvo eran como semillas de limón: resbalosos y tiernos. ¡Mordía duro el condenado! Después de los dientes le dio fiebre y un ¡pujío! Sentí miedo. Lloré por la muerte; aunque es necesario que ella avise. Lo que sentí fueron esas noches largas y cabeceando y mata que mata los gritos del sueño y de los gallos cada vez que lo arropaba. Véame bien estas

sombras debajo de los ojos: son todas las noches juntas por culpa de la fiebramentazón que tuvo; vea usted que tienen la misma curva del cielo, pero al revés. Yo creo que nosotros nacemos así, con esa curva llena de sombras, para que nos vayamos acostumbrando desde chiquitos a que nos jalen el párpado de abajo más abajo. ¿No cree usted? Mis ojos fueron las estrellas, únicas, de juguete, que él consiguió, hasta que miró la tierra hambrienta y hasta que el sol se quedó ahí en el techo, día y noche, y lo espantábamos a escobazos y pedradas, y hasta que a él se le revolvió el estómago cuando supe que tenía nada más que una vela de compañía y ¡hasta que usted vino! ¿Por qué vino, señor? Este no es el mismo que yo le di. Esos puños que apretan nada, eran abiertos con todo y daban. Yo le conocía nervio a nervio. Lo que le dije antes, puro embuste. La vida nos ha revolcado con ganas. Podría irle contando el hambre de este año y el otro y el otro. Casi nunca comimos en la casa, porque no teníamos, señor. La única casa que nos abrigaba era la que cargábamos en la cabeza cuando nos poníamos a pensar ¡que si no fuéramos pobres! Lo de la novia sí es verdad y lo de la medalla. Lo de las mariposas es cierto: era que yo sentía que el estómago se abría y cerraba como una flor. Antes, usted le podía echar un poco de tierra, cualquier tierra y seguro que nacían toditos los pensamientos que tenía en su cabeza. Ahora, seguro que la tiene hueca y con una piedrita adentro con su sonar de sonajero. Los ojos no son de él, fíjese bien. Estos son secos como si el sol se fuera a salir por ellos. Los que yo le di eran tiernos tiernitos y veían más allá de lo que usted cree. ¿Y usted me dice que me conforme?... ¿Que esto pasa? Ahora tiene la sangre cuajada y cuando se cortaba le corría a borbotones y calientica. Tenía sangre para regalar. Los agujeros en el pecho, no los tenía antes, no señor... Por ahí se fue. Yo se lo di parado y con bríos, y usted me lo da acostado y tieso. Véale la boca, ahí le quedaron quién sabe cuántas palabras que no pudo decir nunca. Mejor hubiera dejado que las dijera; aunque nosotros siempre las guardamos para lo último... ¿Y por qué desnudo?... ¿Es que acaso ha vuelto a ser parido? Mire, maldito señor, llévase eso... Mejor no... Déjelo.... Así lo veré bien y a lo mejor con esa tiesura me sirve de voluntad... ¿Para qué? ... ¡Ay, señor! Esto es grande, comerse el dolor más grande y no poderlo vomitar, sino que se le seque a uno y se vuelva una brisa, quieta, quietica y la llevemos por dentro hasta el final. ¡Ay, señor, yo sola ahora! ¡Ay, malditico señor! Hoy estoy sorda y muda y ciega y

hablándome y oyéndome y maldiciendo cuando a usted se lo di. ¡Ay, señor! Si usted supiera que mañana y pasado me acordaré completo de usted...

Guajara

Guajara cree en Dios, si no tiene un hombre arriba. Ella es leve de carnes. Labios descalzos de tentaciones. La negrez de los ojos aún sorprendidos. Tiernos los días en la piel. A veces se pone bendita y empieza a caminar. Se deja introducir. Se confunde si le dicen bonita y el mundo le sale por la boca y se vuelve olor y quejido y papaíto y mamaíta. Guajara llena de olores y orines. Guajara es puta con el cielo auestas. Guajara es virgen: asegura que los angelitos le llaman a los hombres para que se acuesten con ella. La noche para pensar en la vida; fumando sin querer dormir queriendo dormir; mirando en el techo los huecos de los pecados. A Guajara la hicieron querer, hasta que al último se le ocurrió decirle que las flores del mundo eran de ella, mientras le apretaba la mano. Nada más ver. Solo fumar. Después, un trompetero en la cabeza hasta el amanecer, y le corrían campanas y coros por su sien de luna. Y sembró una hija en el medio de las piernas. Guajara sin tristeza, sin nada. Le hablaron del cielo y de cómo llegar a él. La tierra hierve (decía quejosa) no deja a una tranquila. No es uno, es Dios (replicaba el hombre). ¿Cómo será Dios? Ella: uno, él.

El hombre se fue poniendo solo: un punto en la memoria de Guajara, y se cansó de llamarla loca, loca, locamente. Ella, en la mitad del

sueño y la recordadera, se ponía a gritarle a Dios y a la virgen. Corría las calles. Insultaba su naturaleza y se decía virgen hasta la mitad y lo demás puta. Se hizo la feliz y se dejó morir.

A la hija de Guajara le regalaron una muñeca de trapo y un caracol. Se creyó muñeca hasta que fue ultrajada en algún camino con todo el ruido del mar. Parió todos los hijos que se dejaron parir. No pensó y se halló feliz. Se charqueaba o se diluía en la sombra de los árboles. Cuando no la esperaba se le aparecía la luna grande y se la llevaba hasta alguna tierra madre y ahí los ojos se le engrandecían de vergüenza. Y se puso a bendecir sapos y a decirles cochinos. La hija de Guajara no sentía celos y le gritaba “¡mierda!” a toda sombra. Le vino una tremenda confusión cuando los hijos le preguntaron por qué la luna se veía arriba y en todas las charcas abajo. Es Dios redondo que quiere comérselos, le respondía; y les aconsejaba a sus hijas: En la vida hay que llenar dos huecos: el de la barriga y el de las piernas. El único hijo bueno que parió le nació sin piernas, y a ella le dio lástima y lo metió en una charca, para que el Dios redondo se lo comiera. De ahí en adelante, comenzó a ser feliz y a morir.

Las nietas de Guajara recibieron la primera comunión, ya grandes. Con sus ropas blancas y humildes se fueron a celebrar a un botiquín que se llamaba “La Pureza”; después, “Los diez mandamientos”. Ahí se quedaron hasta que la ciudad se les vino encima. La nieta de Guajara que se quedó con los hermanos, sentábase a ver pasar a sus hermanas borrachas; hasta que llegó un hombre y le sacó los ojos de tanto mirarlo. Y vio pasar urnas. Se puso a jugar con una vieja muñeca de trapo y el ruido del mar del caracol. Después reía y se desnudaba. La muñeca y el caracol se quedaron solos.

Huiloúuuu

Ella y la flor pasaron. A los días, muchas flores encima de una caja blanca, la misma y del mismo tamaño con que soñé antes de que pasara eso. ¿NO VAS? NO VOY. TENGO SUEÑO. Un caracol me sube aquí —yo le enseñaba la garganta— y seguían arrastrándose hasta que Ella se iba, y se reventaban todos los caracoles y me salían salobres por los ojos; ahora los volví a sentir al ver la cala blanca mecida y detenida. Escuché a la noche huérfana subirme con todos sus pujidos hasta el sol viejo y arrugado de periódico que colgaba todos los días. TAMPOCO DORMÍ ESA NOCHE: VI LOS CIELOS ANUDADOS DE TANTA TELARAÑA.

Ella traía hilos azules como yo le pedía. No llevé la cuenta de los días que duré en mi cuarto haciendo el cielo cuadrado; las arañas ponían los puntos esos de la noche; ya en la tarde le colocaba el sol de papel, porque en la noche mi cielo no se veía. Una vez Ella entró a mi cuarto y contó las estrellas tejidas. HUILOooo... HUILOúuuu... ¿NO ME HAS LLAMAO MÁS? Cuando nos pusimos a hacer los cielos de hilos, allá afuera entre los árboles, la gente se reía de nosotros y nosotros también nos reíamos; pero no por la gente, sino porque las arañas no se dejaban agarrar. Creo que fue una mañana cuando los cielos

de afuera se desparramaron sobre la tierra con todos los cielos míos, y pensé, si lloviera de abajo hacia arriba y pusiera las cosas mías y de Ella en sus sitios. EN LA MAÑANA TRAJERON CAFÉ Y PAN. Quería ahogarme un caracol grandísimo y para que no lo hiciera tomé bastante agua todo el día, hasta que Ella vino y nos pusimos a llorar a las sombras de nosotros. Esa tarde no puse el sol de la fotografía. Todos los hilos los metí en este puño y los arrinconé ahí. NO COMÍ Y SOLO ME DIERON GANAS DE TENER UNA CAMPANA DEL TAMAÑO DEL CIELO DE AFUERA Y SONARLA BIEN DUUURO Y MATARME ESTA PICAZÓN ENTRE LA SANGRE, LOS OJOS, EL SUEÑO Y EL HAMBRE. Me pongo a sonar unos hierros con otros para alegrarme y los golpes se me quedan adentro y al caminar me siento pesado con todo ese ruido que se va cuando sueño, con campanas azules y relumbrosas. Al levantarme estoy livianito y vuelvo a llenarme de ruidos. ME CONVIDARON Y ME FUI: PRIMERA VEZ. Tengo un toque para Ella. Ella lo sabe. La... lan... lan... lin... así es. Espero y siempre llega cansada de correr. Después el llamado: HUILOúuuu... Nos ponemos a contar cosas y sueños y me repite lo mismo siempre. Que toque bastante los hierros para que me ponga gordo. Reímos. Busco el sol viejo de papel y le digo que consiga uno nuevo y Ella me dice: “Sí, mañana”. Yo me hago el que le creo. Me miente, me duele, pero me gusta. Una parte no escuchó los lan, lan, lan, lin, creo. Me fui al cuarto y puse un oído pegado de la pared, para oír cuando llegara, y ahí y así, me quedé dormido. POCO A POCO. ME ALEGRE POR ESA GENTE CALLADA Y JUNTA QUE SE DEJABAN PREGUNTAR Y ME SONREÍAN. Llovió en la mañana. El cielo de hilos azules lo arrinconé bien feo, como algo estrujado en la memoria.

También en ese rincón está la tierra menuda y limpia de la casa de las hormigas que se llevaron los ojos del perro que Ella me dio y que para que me cuidara de noche. Los primeros días latía, latía; después el muy pendejo lo hacía calladito, adelgazándose, y entiesó y se lo llevaron las hormigas. Murió. ¿Y qué es eso? Bueno, pensar bastante hasta que uno se pudre. Así hablamos esa tarde que llovió y Ella trajo hilos. Amarramos, cruzamos, nos enredamos con tanto hilo y tanto cielo. Ella no aguantó más y se durmió. Yo dormí recostado de la puerta bajita, ahí donde estaba amarrado el cielo. Llovió toda la noche. Había

mucha gente en la calle cuando nos despertamos. Asomándome, se me vinieron con palabras y cosas desconocidas. Alguno me apartó y me llevó a la casa de un señor que me preguntaba que qué le hice que qué pasó, sinvergüenza. Yo solo le dije del cielo, los cielos, las arañas y el agua caída desde la tarde y toda la noche, creo. Después se llevaron a un señor de manos juntas, cara limpia y voz suavcita como el pelado que tenía en la cabeza. Me echó agua y me asusté y dijeron algo de un diablo que se movía. El señor ese me habló de un cielo donde van las gentes como él, y yo le hablé de uno que tenía en mi cuarto para mí solito y para Ella. Dijo, me acuerdo, hijo mío, y después amén.

Antes que me sacaran de ahí, vi a una mujer tiesa, pero eso sí, bien bonita, y con un niño con los ojos grandotes. Me gustó la mujer. VOLVÍ A VER LA SEÑORA DE LA QUE ME ENAMORÉ. IGUALITA. UN HOYO. Cuando estuve en el cuarto, pensé en ir a ver esa mujer. Por la mañana comencé a llamarla a Ella. No vino. No sentí los caracoles. La mujer tiesa ahí. Caminé y me acordé del sitio. Al llegar había varios curiosos y me siguieron. La vi. Estaba como la dejé. La miré un largo rato y le dije: “Usted sí es bonita y no se cansa de mirarme así, asustada. ¿No le duele el pescuezo?”. Nada. Pasé la mañana en eso. Escuché: ya le sacaron el diablo. Esa noche, cerrando los ojos, la mujer con el muchachito se pegaban en el techo, y apretaba más los ojos; los volteaba, me volteaba. En el techo, las paredes, la puerta, ahí aparecía ella. Cuando el sol se calentó bastante, fue que la recordadera esa se encenizó. Apareció una contentación. ÉCHALE TIERRA TÚ PRIMERO. VOY A ESCUCHAR LA CAJA. NO IMPORTA. AGARRÉ UN POCO DE TIERRA Y LA ZUMBÉ ENCIMA DE LA CAJA BLANCA. ME DIO LÁSTIMA ENSUCIARLA. Lan... lan... lan... lin... No llegó. Uno de las gentes vino y me dijo que Ella se enfermó, que fuera allá. Cuando la vi, miraba el techo. Presintió mi cuerpo y me habló de un cielo más grande que el mío y me dio celos. Callé y luego le hablé de la mujer y el niño. Ella respondió: “Ajá, ¡te enamoraste de la virgen!”. Algunos escucharon y se rieron; al salir me preguntaron: “¿Es verdad que te enamoraste de la virgen?”. No les dije que sí y volvieron a reír. Pensé si podía decir todos los síes que pudiera. ¡Cuánta gente reiría! Empecé a decirle a todo el que veía: “¡Estoy enamorado de la virgen!”. No sé cuántos síes ni cuántos riéndose. Me cansé y callé. Ella siguió enferma y yo le agarraba mariposas y las dejaba en su

cuarto y la gente decía que eso era malo. No llevé más. Me dijo que le dolía ahí en la cabeza. Le pregunté si sentía así como muchos caracoles arrastrándose y me dijo que sí.

La vi con un dolor tan grande, que me dije que todos los caracoles del cielo que me dijo, le habían subido a la cabeza y se la iban a reventar. Ella lloraba. Yo no hallaba qué hacer y corrí a través de mis propios gritos y a gritos le decía a las gentes que hicieran algo para que no se le reventaran esas cosas en la cabeza y no me hacían caso. Me puse a sonar los hierros lan, duro, lan, duro, lan, más duro y Ella no aguantaba y seguía llorando. DESPUÉS LOS DEMÁS SIGUIERON ECHANDO TIERRA; ENTONCES ME PUSE CONTENTO A ZUMBAR TIERRAZOS POR TODAS PARTES Y A REÍRME POR AQUEL JUEGO. ME CANSÉ Y ME LLEVARON A MI CASA Y YO LES PREGUNTABA QUE CUÁNDO ÍBAMOS A SEGUIR JUGANDO CON UNA CAJA BLANCA, NO ME DIJERON NADA. Hasta que se me ensangrentaron las manos toqué los hierros y empezó una reventadera de animalitos ahí, adentro. Un cansancio grande me cubrió hasta lo que yo pisaba y me halaba y sentí entelarañarse la sangre y me perdí de tanto correr y maldecir a las mujeres tiesas. Creo que eso fue hace mucho tiempo. LOS HIERROS NO SE ACABAN Y ESO QUE NO DEJO DE TOCARLOS. NI SE ACABA LA GENTE NI LAS TARDES NI LAS MAÑANAS NI SÉ CUÁNDO ME VA A TRAER EL SOL NUEVO. ALGUNO ME DIJO QUE ELLA IBA PARA EL CIELO. YO ESTOY ALEGRE DE QUE ESO HAYA PASADO. SI ELLA SE ACUERDA, ME TRAERÁ UN SOL NUEVO, A LO MEJOR NO.

Cuando exploten las ganas de reventar

El hombre atacaba con sus pies los pedales del órgano y junto con su mal aliento salían las notas de “Entrada al Templo”. Las cabezas vistas atrás, impresionantes, impresionistas; mientras, arriba, el sol duro. Yo hacía que pensaba al ver a la vieja (no tanto) que en el “Eclesiastés”, en los tiempos, todo está dicho. El porvenir anticipado. Los santos lustrosos y con flores de plástico y aquella mujer ventruda con los ojos trasnochados y las notas del “Cordero de Dios”, me entristecían. La media sonrisa del Corazón de Jesús me hizo recordar amigos. Podía creer en mi propia paz y en mi verdad; mi paz y mi verdad que se comen mis frustraciones; mientras una niña se sacaba un moco seco y lo escondía en el reclinatorio. Anoche, las piedras alunadas y los cigarros que se fuman apurados los amantes, y un adiós en el medio escandaloso de las horas y las voces, me hicieron creer que yo era el ejemplo y el eje de toda conversación. Una mujer me obsequió un pedazo de tiempo: las tetas duras y los labios resecos, me acuerdo; la carne blanca para mandar al carajo equis mandamiento. Después el masticar sin gesto por la cortesía; las viejas mirando paradas; el niño soñando niño, y mis ilusiones finalizando estruendosas como la *Obertura 1812*; mientras los pedales seguían sonando, y la humanidad rechoncha respondiendo y

algunos se volteaban a verle la dentadura incompleta y litúrgicamente cerraba los ojos. Al llegar la voz a la puerta, había un sol que hacía de cenital al prefecto que le explicaba a una mujer lo peligroso que son los jóvenes de hoy y la mujer se sonreía morbosa acordándose de que ese hombre la había sadiqueado entre flores moradas; mientras mis amigos los “poetas” disfrutaban de tetas nacientes, y se reían cuando yo les contaba cuando encima de una gorda inmensa y en aquel carnaval de carnes y mordiénole los pezones, lloraba compungido y le decía: “¡Mamá!”; mientras la rocola en el medio de los tres que nos desgañábamos por convencernos unos a otros de las “virtudes” que ostentan los partidos; y en el fondo yo y mi álgter ego, gritábamos al compás: “¡Malditos, nuestra generación será odiada y escupida en la historia! Generación, y ahí el cura llamó a comulgar a los que tuvieran la conciencia limpia; fueron tres niñas y una beata, y yo me alivié de no ser el único de amar el infierno; y el mundo por delante sin conclusiones, seca el alma; yo tambaleante ante esa oscuridad sin escape, sin ventana para uno zumbarse de cabeza y quedarse colgando en la primera claridad y que unas manos femeninas tocaran el teclado del órgano y no esas manos con uñas sucias y sin placer, como las manos mugrientas de los policías, hechas para el asalto a los cuerpos, ignorando su procedencia o bien los que gesticulan su ignorancia creyendo que a Cristo le dieron vinagre para burlarse; mientras los perros se baten por una perra que con sus ojos tristes parece gozar de su feminidad convulsa, y los niños pasando hasta otra acera donde apuñalaron a mi amigo por una puta. Él la quería. Ella lo mantenía y yo solo le reprochaba que le diera tan poca plata, ya que no podíamos emborracharnos varios días; en eso, el incienso llenó el ambiente de recuerdos chiquitos; mientras el “Corde-ro” se unía al olor y un sabor de cenizas óseas me pasaba por la lengua y un muerto acuchillado me vino a la memoria: murió de pobre y de tristeza; ceniza el día y la sangre; cenizosa toda la intención; ceniza la vida y el día de ayer; cuando el cura se volteó ya la morena me ojeaba y las nalgas las vi estremecerse cuando el marido al lado, le dijo algo al oído y ya en la parte alta, las alas de las palomas hacían un fastidio de esos igual que los sueños largos que uno no sabe descifrar; ella se vio las líneas de las manos y se llevó la sonrisa hasta el altar sin santo y se rascó la cabeza con el índice cuando el padre dijo: “La muerte es el inicio de otra vida” y se llegó hasta mí y me miró casi feliz que me calenturó

la piel; la vez, junto a la primera oportunidad, esa vez, se me ocurrió gritar; estábamos entre árboles y oscuros; nadie oyó y su boca agitada y sabrosa y tibia, entre las manos y te amo y se nos quedaron algunos hijos, y ahora con el dolor reventado cuando el cura misea y oímos sin oír y nos quedamos tiesos; y mientras, en la salita, tres mujeres hablando de enfermedades mensuales y al lado una escupida como un grito de esos que sirven de catarsis y que utilizan algunos al masturbarse la mente para escribir cuatro pendejadas, y yo escuchando con un olor en los sobacos y agregando en la conversación nada más que la mirada; cuando llegamos a la esquina, ya, ya cruzando, las altas golondrinas que nunca mueren y pensé en Allende y el Che, y como no sé bendecir vientres solo dije: “¡Presente!”. Y todo estaba listo: metro y medio para empezar, lo demás lo ponía yo; mientras le quitaban algunos adornos a la urna y arreglaban el mecate, quise sonreír y me fueron bajando, y la tierra despedazada ya caía en mi cuerpo con treinta y seis horas de tiesura, y vi cuando un amigo mío se iba abrazado de mi mujer, mientras aquí abajo, no sé qué pasará cuando exploten estas ganas que tengo de reventar.

El Niño Jesús de plástico

Cuando se robó aquel Niño Jesús de plástico, con los ojos tan fijos que no parecían de niño, pensó que días atrás había corrido cerro arriba, y había fabricado una casa llena de hilos que él mismo inventaba, en esa flauta llena de huequitos que tapaba para oír esa brisa comiéndose el aire, y gritando desde DO hasta Do.

Desde el mes de octubre, se le clavó la idea de irse a una nube y soplabla, y que lloviera música, y él gozaba pensando que la gente saldría desnuda a bañarse en las calles, y que recogerían agua de esa y luego la beberían para que hablaran entre corcheas y semifusas; cosas de él. Al llegar noviembre, el invierno ya dejaba de ser, y las nubes desde abajo subían sin que nadie las sintiera. Encima de aquel árbol, el vaporón le sudaba los pensamientos que se caían en gotas pesadas. ¡Taqui, taqui, taqui! El Niño Jesús robado, colgado en una rama, tenía esa tiesura que tienen todos los nacimientos de diciembre: ahí, también arriba, bailoteaba al compás de los chaparrones que él le daba en las nalgas de plástico; tomó la flauta, sonándola bien duro en las orejas de aquel Niño Jesús; ya en la tardecita del 25 de diciembre, se dormía. Los sueños del año se le amontonaron en las ramas y el cielo se le llenó de hojas, y las estrellas bajaron y se le metieron en el cuerpo. Como a las ocho de la

noche, se despertó deslumbrado de tanta soñadera. El que más le gustó fue ese en donde aparecían en las pupilas dos pocitos con una estrella nadando, nadando en la superficie. El veintiséis fue alimentándose de sol hasta el pueblo. En el camino hizo una y otra vez en el recuerdo, la cara de medio lado de la Virgen María, como si tuviera un calambre en el pescuezo; y San José con los ojos brotados, como si nunca hubiera oído una grosería en la boca de un borracho. Al llegar a la primera calle, unos perros le latieron su niño Jesús; pero al verle la cara aullaron de miedo. Él se extrañó. Un niño que lo vio iba delante gritando: “¡Miren estos ojos! ¡Bonitos, bonitos, bonitos!”. La gente, aún cansada de tanta borrachera, se medio asomaban y se asombraban de ver dos estrellas tan cerca. Lo siguieron. El Niño Jesús se le cayó y lo pisotearon; él no se dio cuenta. De repente uno gritó: “¡El que le quite los ojos es rey!”, pero antes de la palabra rey, ya él corría cerro arriba, acordándose de la flauta que dejó en el árbol que le sirvió de cama, allá en lo alto de una nube corría (o a él le parecía) y se alegraba de que alguien lo acompañara. Para recoger la flauta, tenía que tomar un atajo ahí mismito. No llegó a pensarlo, cuando a flautazo limpio fue subiendo cerro arriba, y veía la nube. Atrás la gente gritando: “¡El que le quite los ojos es rey!”. La nube esperando en la punta del cerro, ahí estaba el sueño. Apuró la carrera. Ya el sol crepusculaba, y las aves empezaban a juntarse, y las hojas verdes se sombreaban de negras siluetas, cuando él sonó la trompeta tan fuerte que la nube se esparció con todo lo que pensó una vez en el mes de octubre. Y mientras más soplaba a la nube, más oscura se ponía la montaña. La gente que venía gritando, se asustó y abrieron caminos y atajos con el filo del miedo para llegar al pueblo.

El veintisiete, solo sus ojos brillando en aquella oscuridad que no se cansaba de fabricar. Los pájaros dormían. El treinta y uno de diciembre habían olvidado ya las dos estrellas y la flauta y la nube. Él seguía tocando y las manos frías se le empezaron a endurecer, y los ojos se le cerraban. Ya no había fuerza en el cuerpo. Los pájaros empezaban a despertar de tanta dormidera. Apenas se oía la flauta en la nube que sirvió de pizarrón para uno y de espanto para muchos.

Una noche del mes en que las máscaras adornan las caras, una bandada de pájaros llevaba dos estrellas, y la gente apenas las vieron, se quitaron las máscaras, se rieron y siguieron desfilando allá abajo; mientras las aves se perdían allá arriba.

Con la primera creciente del año apareció una flauta en la quebrada, que un niño silvestre recogió, y la guardó junto a una muñeca de trapo que le robó a una novia que se parecía a una nube.

A la noche vendrá

El hombre le dijo que a la noche venía. Los ojos saltaban desde el principio de la calle hasta donde ella estaba. Veía. “Vendrá oloroso a tierra mojada”, decía, “me traerá caramelos y dulces”, y así, yéndose hacia adelante, llegaba a los nueve meses y empezaban los dolores: “Nacerá ojos azules y cuerpo rosado como él me dijo”, decía.

En la hora convenida quedose plantada en el medio de la calle, abrió los brazos y la boca. Sintió el aire masajeándole el cuerpo que se erizó de sensaciones y olores. Pasó una hora. Las noches en las puntas de los dedos. Ya vendrá, ya viene, se conformaba. Cerró los ojos, y las luciérnagas guiñaban amarillos en el cuerpo anhelante. “A esta hora la otra vendrá”, pensó decir. Un frío pegajoso le hizo bajar violentamente los brazos y abrir los ojos y matar a talonazos luciérnagas de luces inútiles. “Ahora vendrá”, se quejó internamente, mientras se sentaba. Pensó que un hombre vendría saltando, quemándose los pies y se paraba junto a ella, y le decía: “Desvístete”. Volvieron a sobresalirle los brazos del cuerpo. “Déjate tocar”. Las golondrinas rayaban el pedazo de calle que ella quería más chiquita. “Ábrete”. Quería una calle del tamaño de sus brazos, para alcanzar esa angustia que le enerva la espalda, cosquilleándole poco a poco las blandas carnes. La tarde anaranjándose, la

misma que empezaba a despertar los murciélagos, y a entiesar sus cabellos de tanto mirar para la otra parte de la calle. Un chillido de niño le ponía el corazón bombeando presentimientos, asomadita a esas casas negras que formaba en los árboles, la luna envuelta en ese papel de celofán, o que a ella le parecía que lo tenía. Y aquel vaivén de su sombra y el hombre, jugando a esconderse por sí o por no, hacia atrás o hacia el otro lado. Un día puso la calle a la mitad de sus brazos, y al hombre palabreándole en las venas, en las sienes y repitiéndole al oído lo que ella se había repetido; y que él le tomaba los cabellos y se dejaba caer y gemía entre chamizales vírgenes. Sonreía y se dejaba hacer; una imagen le circundaba los senos, le espinaba la cintura y la hojarasca seca de sus poros se encendieron; partida en dos en la tierra, culebreando, buscando el contacto de las manos blancas que también buscaban, para encontrarse de pronto con cuatrocientos millones de hijos con los ojos azules y la piel rosada. Suspiró hondo. Tocó sus senos, la boca, su vientre y su reseca maternidad fue polvo y soberbia cuando quiso llorar; solo le quedó llenarse por dentro con pujidos y estremecimientos. Vacío toda su resignación hacia el mismo lado de la puerta, con la misma tarde, la única noche sin explotar, sin vaciarse, porfiando aún decía: “Vendrá, vendrá”, conformaba quedito al cuerpo. Escuchó lejano un silbido, no le hizo caso y trató de quitarse esa pesadez que sostenía un puño clavado y sostenido en el centro del estómago. El mismo silbido se repitió. Era el hombre. Otra vez la tibieza. Otra vez desconchándose la alegría. La corrió por la imaginación las veces que se desvistió; amasaba su cuerpo. Era el hombre parado al frente diciéndole que lo perdonara, que se le hizo tarde una y otra vez, que... Y ella diciendo sí a todos los perdones. Le miraba los ojos y se decía: “Será así”. “A la noche vengo”, le repetía él. “¿Seguro?, a la noche vendrá”, se repetía ella. Se olvidó de los días apelmasados. Adentro sentía esa alegría vieja, guardada para cualquier momento. Un gato atravesó la calle con un ave destrozada. Le dio la razón al gato, mientras un piído de pichones eran llevados calle abajo. Traía la mirada abajo, arriba, llamando al mundo asustada y alegre, para que la miraran por dentro. Pegó el oído a la tierra, para saber si tenía la misma emoción y sintió pasitos lejanos, alejándose con ella y los sonidos, y las golondrinas llamadas a gritos, ya sabían las cosas de siempre. Se imaginó a las casas grandes pariendo casas pequeñas de puertas y ventanas azules y encaladas de rosado. Se tocaba las sienes y

se desbocaron caballitos que le pisotearon las venas y fueron a morir en medio de sus piernas. “Esta noche sí vendrá”, se repetía. La noche llenó el hueco del cielo y el final de la calle. Volvió a estirar los brazos, cerrar los ojos. La misma hora de la misma noche de la otra vez; los mismos murcielagazos a espantarle el rocío. “Me dijo que venía”, decía sin decir cuándo. La resolana hizo que sudara todas las alegrías y se le fueran muriendo aleteos hasta el final del invierno. “Podrá venir con cualquier lluvia”, se quejaba, “mañana puede ser o mejor hoy; y nos revolcaremos y me besará las sienes, y llegará su naturaleza a mi vientre y la pasearé calle arriba y calle abajo”. Diose golpes en el vientre inútil y corrió sangre y agua por sus piernas tostadas y erectas, y vio la placenta vacía y la calle llena de cabezas de niños. La misma sensación en la garganta reseca de cuando le pidió a los Reyes Magos una muñeca de goma y le trajeron una manzana casi podrida y una moneda. Quería todos los adioses regresando entre los vaporones calientes que sintió la primera vez que le enturbió los sentidos. “Desvístete”. Los pensamientos iban desabotonándose. “Déjate tocar”. Las ideas apretando las carnes todas. “Ábrete”. Se extasiaba al sentirse introducida. La fiebre le atenazó y presintió que alguien le avisaría al hombre y vendría. “Vendrá, seguro que viene”, se conformaba. La misma sombra cansada y ansiosa y vagando sin moverse, se estiró hasta el final de la calle. Aquella angustia que se le derramaba por los cabellos, por la tierra prolongada, por los suspiros. Era una gran comezón que florecía en la calle que podría regar el mundo. “¡Ojalá llueva angustia y a todo el mundo le dé esta retorcedera de corazón que yo tengo!”, se conformaba. Se resolvió y caminó calle abajo. Le preguntó a los niños, a las mujeres, a los hombres, por el hombre de ojos azules, y una sonrisa le contestaba. “Lo han visto y no me quieren decir”, pensó gritar. Miraba las golondrinas regresar enloquecidas al nacimiento del sol. Hebra por hebra el viento le desbarató imágenes; se le entiesaron las palabras y los ojos de no ver si venía, de tanto no ver. Las golondrinas de la primera tarde hicieron nidales y cementerios y otros hijos y la misma tarde la vieron cargar la angustia y toda la humanidad solo decía: “No vino, no viene, vendrá... ¡Seguro que vendrá!”.

A los tiempos llegó el hombre a preguntar y le dijeron que se había ido por ahí. Las golondrinas empezaron a llenarse y vaciarse de júbilo, cuando el hombre dijo: “Aquí la voy a esperar”.

Cuando éramos gente²

Después, nos sentimos felices cuando un hombre nos regaló ropa nueva y nos abrazamos bien duro y te dije: “¡Ahí viene Dios!”, y aquellas luces apagando los ojos, aquellos huesos de nosotros sonando en el aire y todos los nunca juntos, zumbados, y esperando que alguien nos recogiera los cuerpos, mientras seguimos abrazados quién sabe hasta dónde. Después, me desperté corriendo, alumbrando en la procesión, y tú y yo jugando a que no nos veíamos, y la gente arrecha, hasta que llegó la policía y nos agarró el Lunes Santo y fue el jueves cuando nos soltaron por aquello de la bendición de Cristo. Antes, no pude mirarte... Ya lo sé, yo venía de lejos, de donde las mujeres las cuarteaban los hombres, y fueron muchos entre luces y escupidas y me llamaban bonita; después, a los tiempos, casi tarde, tú entraste huyendo a mi vida, y el día que me fui contigo y ningún perro movió el rabo cuando nos perdimos alegres. Las mismitas cosas a cada rato. ¿Te acuerdas?...

Tuve hijos y los regalé: comían mucho. De todas maneras no iban a servir para nada. Después de grandes, se van o se pierden o se los llevan o los matan. Me quité ese peso de encima. Anoche vino un ángel

2 Cuento publicado por primera vez en el diario maracayero *El Imparcial*, el día jueves 26 de mayo de 1977 (N.E.).

y me dejó un hijo que pariré mañana, y si es niña la meteré a puta para comprarme otra cabeza que no duela mucho. Después, la última noche fue un aguacero, una voz, un frío entre tanta oscurandada, de cuando fui, digo, bueno, de cuando el evangélico me decía: “Oyes la palabra de Dios”, y el golpeteo en mi cabeza por la rasca de anoche me hacía cerrar los ojos. Dios no vendrá como hombre sino como juez, y aquellos tambores en mis sienes, sudo y bailo, bailando y la sombra acercándose a las tetas, y no podrás negar la palabra de Dios, y después me levanté a vomitar. Mis dedos junto a tus manos que fue sombrilla y vela. Sí, pero fue tu mano la que me ayudó a mirar la gente. La gente nos llamó locos y sucios. Mira, es la madrugada en los cuerpos y el gallo le canta al gallo vecino y el otro gallo al gallo vecino y al otro gallo, y mira la tiesura, y mira mi niña, que ya no hay miedo ni hay a quién esperar. Dios agarró un carbón y nos marcó bien duro la vida... no. Él no tuvo la culpa: fuimos nosotros por no correr. Después, aquel golpe y espanto cruzado por aquella lloradera de los cabellos y se parecían a los angelitos del infierno; estas cruces que nos van a poner sin nombres y sin color; estos crisantemos que nadie nos va a llevar para que los recordemos los domingos; estos hilos pesados en la barriga ya sin hambre ni la voz para decirla gritando, cuando te gritaban en la carretera y te ibas corriendo detrás de cualquier carro. Después de los ventarrones que pasaron por los sueños y la gente que nos maldecía de cuerpo y de palabra. La gente siempre enseñando el camino de salida: por aquí se van, se van, se van. Yo no sé para qué sirven ni para qué las rosas que nos hacían comer los brujos, hasta que un domingo o marzo o veintisiete, que te mamé los soles que te nacían en las tetas. Antes, nada, fue la noche, fue el frío de las grandes nubes de los soldados muertos; las viudas sentadas, caminando, pensando en las noches con el ánimo de él en la cama. Antes, el mar era grande como la maldad. Yo no he visto el mar. Mírame la parte del cielo que tengo en la boca... Nos parecemos locos... ¿Te acuerdas? En el algarrobal, la gritazón, quemazón, el humero, nosotros en el monte; aquel vocerío por el incienso para espantarnos la gente de encima: que la gente que no nos viera, que se hundiera, se volviera ceniza o aserrín, que la gente se volviera por tres días cabuya o espejo, para que nosotros los sopláramos...

Antes, nos perseguían unas brujas chiquitas y nos escondíamos y eran concha; no dormíamos y eran flor; no hablábamos y eran humo y

candela. Después, paseábamos callados por la madrugada escuchando las pesadillas de los niños. Ahora, mira los cuerpos, mi niña: ahí están sin flor y sin permiso. Es mejor: éramos una torcedura de Dios. Antes, mucho antes de esto, pensando para cuando fuera grande: que hablaré duro, que pisaré duro y que limpiecito y que peinado con peine de preso. ¿Te acuerdas? Yo con muñeca de trapo y esperando que llegara mi otro papá y buscara a mi mamá y siempre se equivocaba y yo grito y grito, hasta que después más grande, hacía un tiro malo y otro bueno. No, no eran amapolas. Te agarré las flores y nos perdimos en la procesión. La vida nos regaló los caminos, y nos pusimos a bailar sonando las piedras cuando yo quería machucar el agua en aquella noche que tenía miedo. Llovía. ¡Suena el agua con las piedras! Nos parábamos y se veía el caballo de San Miguel, nos cansó y lloramos. El barro nos llenó y me alegré de dormir en los picos lavados de tus tetas blandas. Y ahora nuestras familias están a la guerra. Estamos solos. Se han descabezado los hijos y las hembras, para que los hombres busquen el medio de las piernas a las muertas. El olor de tus pelos calientes subiendo conmigo. Era lo que quería decirte... Habla tú... Después, mi sangre unida a la tuya. Que no se te olvide. Que no se te va a olvidar. No se me va a olvidar. Fuimos los que trajeron los Reyes Magos, ¡cuando éramos gente! cuando nos mandaban a dormir temprano y se aparecían los muertos que uno no conoce y se mueren parados por las manos, por una razón, un día con su noche, una pudrición, un canto, tu voz, los niños, la patrulla, los que matan, la que llora, los gusanos, la urna, hoyo, las manos, las voces, lloros, patrullas, hoyos... Ahora, tu cuerpo es una piedra tirada; mi cuerpo un soplido. Viene la gente corriendo a ver qué nos pasó. Quedamos casi juntos, casi más allá de los brazos y las piernas maltrechas, las voces, las voces, el lamento, la nadita. Ahora que nos entierran, vamos a ver los angelitos muertos pelándose la pinga. Ahora, ¿ves lo que te dije? Mira, adentro de la noche no hay nadie... Pon las manos juntas antes de que llegue la otra hora, pon las manos en la tierra... ¿Tiembla?... Son los corazones de nosotros que los parten y se los comen grandes perros que solo comen grandes corazones. Después te esperan en la tarde y tú arrodillada en cualquier piedra vieja. Deja esas cosas mi niña y sígueme hasta las próximas aguas... Pasan las puertas, las ventanas, las telas, los pisos, suelo, techo, picante, camas, garganta, sortijas, pichones, la clavadura de los clavos. ¿A quién se la cobramos?... Ay, mi niña, las ganas

de llorar me vienen... No me acuerdo, yo estaba muy lejos gimiendo y pariendo, no por los hijos, no por los hombres, no por las madres, ni por él pienso antes de dormir, no, ya antes lo sabía, sino de que mis huesos eran ceniza o cama de agua. Eso lo supe ya grande, después de los hombres. Tuve un novio tierno y le dije: "Me voy, dame la última mirada" y se quedó llorando y ahora lo vengo a llorar contigo. Antes te dije: "Páreme un hijo". Y tú: "De barro". Y después, no me veas así, deja que mi abuela se pierda en la cama. Antes, ya tus manos en mi cara niña. Ahora, te decía, quiero que te hagas la loca para que la gente crea, huela, puje, siga, anuncie, y mira la una, las dos, las tres, bastantes horas allá arriba entre los árboles en la noche en que nos zumbamos perdidos y locos como siempre lo hemos estado, y después me empe-zaste a escribir largo en la tierra. Rayas. Sí, sí, la gente nos olía y nos ahuyentaba con la mirada y corríamos agarrándonos las manos y nos cansamos y caímos cerca de la piedra que se parecía a tus ojos. Esa soy yo de cuando el primer hombre. Caminamos y nunca supe su nombre. Mi mamá perdida entre las botellas, las groserías, la rocola. ¿Por qué no nos conocimos antes? ¿Dónde estabas? Ahora estamos desorbitados como los demás querían. Que nos agarraron y hablaban bajito contigo y después te metieron y los policías te desnudaron y te acostaron y se fueron riendo. Fíjate en los ojos que se van agachando de los lados: ya no les gusta ver lo que tus ojos no pudieron comer ni el hombre que quisiste querer ni santos con tus deseos tiesos ni que te cayeras ahí en tu cabeza, para que te saliera el asombro. Ahora, están duros y fríos para engordar gusanos. El hombre pasó la sierra por tu cabeza y sacó tu cerebro y lo enseñó a los estudiantes. Antes, te besé la frente y una piedritas brillantes del cielo te encontré, y me llamaste por nombre de hombre, después los senos, las piernas, las manos, la boca temblando y queriendo. El hombre le regaló el cerebro a los estudiantes y en el hueso vacío de tu cabeza metió un poco de papeles para que no te olvides de las cartas que no te escribí. Tu abuela poniéndose chiquita en la cama hedionda y tu abuela subiendo por el techo de tu memoria a medianoche. Me decías: "Nuestras madres no están, están con otros hombres, y solos nos hemos quedado como una puerta grande esperando que pase la esperanza". Fueron los pobres los que se fueron y nos dejaron en las camas donde quisieron acostarse conmigo. Levantábamos las piedras y escondíamos las palabras para que nadie se enterara y los sueños los

enterramos, y cargamos hojas y papeles, conversaciones y muertos y caminos de barro que la gente, ¿me oyes? llama noche. Mira, ahora el hombre con las tijeras grandes me va picando las costillas. Saca mi corazón de esponja. Ahora los gritos no los oyen. El hombre enseña, mide, ojea, y vuelve a mirar todo y cose. ¿Ves, mi niña? Se acabó. Ahora que nos entierran, antes de que nos aparten los cuerpos, vamos a decirle a Dios que somos locos y que solo nos dé piedras para jugar con el agua. Eso le pediremos.

Un ratico nada más³

Déjame explicarte bien: él venía caminado desgonzado. Lo dejé que se acercara bastante y le dije: “Ya es la tardecita, ya llegó la noche y a tu casa el luto”. Siguió caminando y ahí me metí la mano en el bolsillo. Respiraba calmo. Los huecos de la nariz le bufearon duro, cuando el hierro le fue royendo las costillas. Un vaporón en la mano: yo no sabía que tenía tanto viento en el pecho. Unas burbujitas de sangre se le hicieron en el hueco, después que cayó, porque antes se le subía una prisa pascuera. Se le fue casi hasta la empuñadura. Le pude tocar la carne, abierta, palpitada, abrió la boca tan enorme. La carne descosida. Sentí el choque con algo y luego se fue suavcito. Ni ¡ay! ni nada dijo, nada más que mirarme asustado. Antes cerró los ojos y casi detuve el brazo. Una movedera de repente en el cielo; a lo mejor le estaban apartando su puestecito. Pero creo que no era eso. Era yo mismo. Un temblor. Por culpa del bolsa ese por cerrar los ojos. ¿A quién se le ocurre? ¡Ver que viene un cuchillo y cerrar los ojos! Fue un ratico nada más. Pero ese ratico le hizo bien, no me vio la arrugadera de dudas que me pasó por la cabeza. Tenía una caja de cigarros en el bolsillo de su camisa

3 Cuento inédito de Claudio Castillo. Agradecemos a su hijo Gabriel Castillo habérselo facilitado para ser incluido en esta edición (N.E.).

nueva. Antes de eso le había dicho: “La pendejera de siempre; quieres pasar los días en el valle de los acostados”. Él se hizo el bolsa y no entendió. Antes, en la mañana, me lo encontré. El río te trajo hasta la tardecita. Se puso en guardia pero me le acerqué, y al oído, le propuse: “A la tardecita aquí”, y le puyé el dedo con la tetilla. No le vi el miedo o lo disimuló bien.

Déjame explicarte bien: él venía caminando desgonzado. Le dejé que se acercara y le dije: “Ya es la tardecita, ya llegó tu noche y a tu casa el luto”. Siguió caminando y ahí me metí la mano en el bolsillo. La piel se le vació de un solo golpe. Parecía un árbol viejo y chamuscado. El pellejo se le descolgó y no me dio tiempo sino de mirarle el arrugero que se le vino entre la cara y los brazos. ¡Verdad! Toda la piel sembrándose en el hueco del pecho. Cosa rara. Me dio no sé qué verla, la piel tan larga y con tantos agujeros por donde la vida... bueno, tú sabes. ¡Yo no sabía esa cosa! ¡Cómo se infla y desinfla uno en ese momento! Después se fue recogiendo como un capullo y se puso tierno, piel de niño y cara de mediodía. Quería sembrarse el pobre o pasó todas las edades de un solo carajazo. ¡Eso pienso! ¡Si lo hubieras visto!

Déjame explicarte bien: él venía caminando desgonzado. Lo dejé que se acercara bastante y le dije: “Ya es la tardecita, llegó tu noche y a tu casa el luto”. Siguió caminando y ahí me metí la mano en el bolsillo. Después lo encontré hablando entre riéndose y me veía y seguía lo mismo. “El hombre va a ser duro”, pensé. Conté las veces que me vio. Y yo no dejaba de fijarme en la tetilla; hasta llegó a tapársela. Pero yo sabía que allí estaba la sangre más caliente, como ahora. Antes, lo ensayé bastante, aquí en la cabeza: la tetilla la ponía él. Se lo dije: “Te vas a volver un bojote hediondo lleno de luto”. Miré la luna en el cielo alumbrado y eran como las diez del día. Pensé una más otra, decirle y que me viera, eso sí, que se acostumbrara a estar muerto.

Déjame explicarte bien: él venía caminando desgonzado. Lo dejé que se acercara bastante y le dije: “Ya es la tardecita, llegó tu noche y a tu casa el luto”. Siguió caminando y ahí me metí la mano en el bolsillo. Saqué y vio el resplandor. No vi el cuchillo. ¿Para qué? Ya lo tenía medido. Hacia atrás se le fueron los ojos. Se los jalaron. Yo solo hice que me mirara por última vez. Cuando le cayeron hacia adelante ya venían blanqueados y asombrados de ver algo feo. Hasta que la mano se me puso caliente lo miré. A él, las manos le sirvieron para bastante:

medio se agarró de la tierra para no ensuciarse, y después quiso taparse en el hueco pero no le dio tiempo, y se le quedaron en el camino.

Déjame explicarte bien: él venía caminando desgonzado. Lo dejé que se acercara bastante y le dije: “Ya es la tardecita, llegó a tu noche y a tu casa el luto”. Siguió caminando y ahí me metí la mano en el bolsillo. Lisos los cabellos hasta esa tarde. Se le menearon como flores venteadas, nada más al ponerle el cuchillo, y se quedaron colgados en alguna parte. Bajaron cuando le empujé lo demás; si no lo hago se queda sin cabellos. Le cayeron hacia este lado, desprendidos de todas las raíces. Luego, cuando volvió la cabeza para caer, se le vinieron a la cara y al otro lado, y de repente se pareció a un arcoíris. Antes, le dije: “Péinate bien para que quedes bonito”. No me hizo caso. Venían erizados para que alguien se los contara. Me acordé de esos maizales secos y amarillos y picantes. Abajo, ya en el suelo, semejaba un sol negro amaneciéndole en la cabeza, y se le fueron recogiendo hasta quedar peinaditos y bonitos.

Déjame explicarte bien: él venía caminando desgonzado. Lo dejé que se acercara bastante y le dije: “Ya es la tardecita, llegó tu noche y a tu casa el luto”. Siguió caminando y ahí me metí la mano en el bolsillo. Se mordió la boca y un filito de sangre se le empegostó. Yo creo que le hizo cosquillas y a mí también, al metérsele entre las costillas mansitas y jabonosas. No dijo nada. Solo abrió la boca con todas las fuerzas y cuando venía alguna palabra se la tragaba. La calladera hasta el fin. La lengua le salió a lo último, ya casi en el suelo. Yo sé que dijo una cosa, pero no lo entendí. Lo dijo calladito. Se le enterró la boca y los dientes al caer; no fue duro el golpe y después la medio abrió para que le vieran el diente de oro dieciocho que se puso hace tiempo.

Déjame explicarte bien: él venía caminando desgonzado. Lo dejé que se acercara bastante y le dije: “Ya es la tardecita, llegó tu noche y a tu casa el luto”. Siguió caminando y ahí me metí la mano en el bolsillo. Los caballos payaseando; los ojos desgastados de repente; los cabellos asoleándose; las manos como pidiendo limosna a la tarde o al cielo y toda la respiración regada en el surco donde estaba él. Con la boca, mediorrisa, mediolloro y largo que quedó. ¡Lo hubieras visto! Y en el hueco, en el pecho: me daban ganas de meterle la mano. Qué le vamos a hacer: uno está destinado para eso. Él puso la carne y yo el hierro. Dios hizo lo demás.

Los siguientes días de la perrita⁴

Mandarina en la piel. Olor de mandarina hasta los doce años. Uno se la llevó por cuatro meses y la dejó embarazada. Se sintió con la rayadura de Dios en la matriz inmensa y escondida. Vuelta a nacer con las virginidades juntadas en la telita. Viendo y frunciendo el cielo por casualidad. No se acordaba de la pinturita en los labios; las mejillas empolvadas y salobres, la picazón en las piernas, la primera vez; la agüita en el medio.

Nada más el hombre revolcándose en la memoria, nada más que llo-riquearle, que no, que después, que espérate un poquito, que ya va, que poco a poco, que ¡ay!, que qué sabroso, que poco a poco, que mañana otra vez, que yo no sabía, que me quedó doliendo. A los nueve meses, la madre-abuela. coqueta con el niño. Cuando se volvió a ir con otro la madre-abuela creía que le habían dado a su hija, raspadura de talón. Las peleas en las calles, en las orillas de los botiquines, por nada, y después a declarar y borracha otra vez al día siguiente, contando lo que le hizo el comandante. Vio al miedo en el calabozo saliendo de tufos de orines antiguos; pero poco a poco, tomaba bastante aire en los días afuera y la llevaban y

4 Publicado por primera vez en el diario *El Siglo* de Maracay el 23 de octubre de 1975 (N.E.).

salía hablando duro y coños de madre. Otro más le prometió cosas y le creyó. Nueva mujer casera oliendo casi a mandarina. Luego, al tiempo, borracha y malita, la mala intención. Los ojos sin querer amar ni para qué había. Una vez cuatro hombres, después de ocho, de ahí con todos los días adelante, la perrita le decían. Su dedicación por las formas reposadas era promesa cumplida: vestía y limpiaba los muertos, y a los angelitos les hacía alas adornadas con papel aluminio. Alguien se la llevaba en la noche, y revolcada y golpes en la cara. La perrita, callada y llorosa.

La echaron del pueblo escandalizado. Se pintó de cayena los labios y las mejillas de isora⁵; en las manos, los vestidos sucios y entre los labios mierdas y coños de madre y Dios castiga estas cosas. Volando a varios metros del camino el cielo que la perrita llenaba de santos y de oraciones. Ella perdió la virginidad a esa hora sin santos y sin oraciones presentes. Ahora dormida, sudándole el cuerpo por el calor amarillo de una Luna. La perrita en otro pueblo.

Casi en la misma cama, casi en la misma tierra, casi las mismas caras. Celebró el cumpleaños acordándose de la madre-abuela, los hijos, el primer hombre y de todos los despechos. Duró dos días hedionda a recuerdos y lloros. La perrita atendía las citaciones. Varias noches en la cárcel por escandalosa y otra vez a tranquilizarse. Sola en la cama. Sola para ella sola. Miles de kilos de hombres hundidos con ella hasta el centro del mundo y ella sentenciando: “¡Dios castiga estas cosas!”.

Se enseriaba en ese arsenal hasta que alguien le decía: “¡Vente!”. La perrita juguetona hasta la madrugada. Los años le acariciaron los poros y se los fueron juntando junto a los cumpleaños, y unos surcos, que no estaban en el otro pueblo, se le metieron en los pies y le subieron a la cara sin cayena ni isora. No soportaba tanto la noche y amanecía durmiendo en la calle y los muchachos, ja, ja, ja, y las señoras aconsejando a sus hijas y los hombres pasando. La perrita, embotada de sol y tierra. La perrita sin jadear en la respiración, sin los hijos corriendo entre el cuarto cuando se ponía a descansar, sin las cantaditas de la mañana, sin despecharse. Eso le pasó una tarde entreviendo las aves lluviosas y de: “¡Por qué no me lo dijiste Dios!”. El aguacero ido y

5 Uso por “ixora”, nombre de un género de plantas florales propio de Asia que se da bien en nuestros trópicos. En Puerto Rico, por ejemplo, se le conoce con el nombre de Cruz de Malta (N.E.).

permanecido en la tierra. La perrita mojada; la fiebre anunciando una pesadilla sola. Acostada llegando a las alturas del remordimiento dulce. Las tetas chupadas por las uñas del sol de la tarde rascándole los cabellos.

Cuando el cuerpo no la espinaba se llegaba hasta el hijo y la madre-abuela. Jugaba con su otra carne. La madre-abuela: “¡Hija, vente; ya está bueno!”. “Un día de estos”, le contestaba. Se volvía a ir con un adiós asombrado y otro inútil. Los amores le aparecieron. Consumió la vista de tanto ver hacia abajo, creyendo encontrar debajo de sus pies a un hombre inmenso. Volvió a estrujarse otros días con otros hombres frenéticos. Después el aire de la casa donde nació para dejar otro hijo. Apenas rabia el sol, ya está silbandito. Los hijos y los padres colgados de la punta de los ojos. Los años le enturbian la mirada que le quieren meter unos fantasmas, que le quieren meter las tetas por el ombligo. La casa familiar. La costra de la piel enniñándose. La madre-abuela contenta con tenerla preñada y cansada, de mirarla mirar los objetos de cuando niña. Parió. Llegó el tiempo de la carne, los tiempos de los días atrás, los tiempos de acostarse en cualquier parte, y la madre-abuela con el tiempo de quedarse esperando. Otra vez, ¡perrita! La perrita presa, la perrita borracha, la perrita golpeada, la perrita peleando, la perrita que apúrate que acabo, y la perrita que yo no tengo la culpa.

La gente dice de mí, que yo no sé qué y yo no sé qué más. La perrita vieja con los soles amargados entre los hoyitos de los ojos. Sentándose arriba de la sombra al mediodía y en la tarde apurada para alcanzarse. Por la noche vieja en un botiquín, con el lenguaje a metro y medio enloquecido y maldiciendo a quien tuviera la culpa de su vejez aventada. La madre-abuela vino a buscarla y vamos hija, un día de estos, vámonos ahorita, un día de estos, le das la bendición a los muchachos, ¡ay, madre! ¡ay, hija! Las imágenes de una a otra mezcladas con ¡adiosito pues! La costumbre de la tristeza no llegó a la resignación. La perrita más escandalosa. La botaron. Esta vez no tenía nada qué llevarse. El camino hacía donde ella quisiera. No pensó que tenía esa libertad. La primera noche el rocío le amaneció entelándole los ojos. Cuando el hambre aparecía, se acordaba de todos los despechos y los fue empatando días con días con una fiebre que venía. El camino que escogió le sirvió de cama larga y los hombres en la memoria besuqueándole el piquito de

las tetas. Con los rocíos empaginados la piel, el primer hombre en la visión enredada y la perrita sin ver la confusión que le ponía un trapo amarrado a las sienes. Con metro y medio de esperanzas, la perrita, apareciéndole el sol por todos lados. La perrita acurrucada, oliendo a cáscara de mandarina seca, y la Luna por todos lados de los ojos. Los ojos apuñaditos, haciendo una morisqueta. La boca, una raya. Creía que pensaba que se había reventado el último botiquín y ella salía borracha con todos los hombres engroserando el cielo que también se estaba reventando. Se quedó más quieta para que nada pasara. Cuando volteó los ojos para buscar debajo de sus pies al hombre inmenso, se fue durmiendito escuchando el ronroneo de una espalda gloriosa y de ella sola, hasta que la encontraron tiesa mirándose los pies.

Anexos

Cronología: vida y obra de Claudio Castillo

1941. 6 de junio. En medio de la pobreza material, nace Claudio Castillo en Santa Cruz de Aragua, estado Aragua. Fue criado por su abuela paterna, María Rodríguez de González, la cual le brindó el amor y la educación que necesitaba, ayudándole en la formación de una mirada única hacia el mundo y los seres que lo habitan. Claudio nutrió su infancia del ambiente mágico, apacible y rural del Santa Cruz de entonces.

Claudio Castillo fue amigo personal de Aquiles Nazoa, quien se inspiró para escribir “La historia de un caballo que era bien bonito” en una de las pinturas de aquel expuesta en la galería El Sótano de Arte.

Estudió hasta sexto grado en la Escuela Federal Graduada N.º 5 Rafael Briceño Ortega.

En su juventud fue campesino, manicero, cotufero, entre otros; de esta manera colaboraba económicamente con su hogar.

1963. Contrae nupcias con Carmen Felicia Esqueda Pacheco, con quien procrea cinco hijos.

Después de casarse incursiona progresivamente en diferentes ramas artísticas. Su primer contacto fue con la pintura. Su “descubridor” fue el pintor y crítico de arte René Croes Michelena.

1967. René Croes Michelena le organiza a Claudio Castillo una exposición individual en la Galería El Puente en Caracas, resultando esta un rotundo éxito.

1968. Obtiene el Premio Popular VI Salón Aragua. Aquiles Nazoa alaba su obra.

1969. Primer Premio Centro Simón Bolívar, Caracas.

1974. Gana el Concurso Nacional de Cuentos de la Casa de la Cultura de Maracay con su cuento “Vino, se lo llevó y lo trajo ido”.

1977. Con su pieza *La Petrica*, obtiene una mención especial en el II Concurso del grupo teatral Nuevo Grupo de Caracas.

1978. Mención honorífica Caveguías de Artes Plásticas.

1981. Obtiene el Tercer Premio del Concurso de Literatura Infantil auspiciado por la Universidad de Carabobo con su cuento “Don Mere-Mere con Pan Caliente”.

1984. Logra el Tercer Premio Ciudad de Maracay en el III Salón Municipal de Pintura de Maracay, estado Aragua.

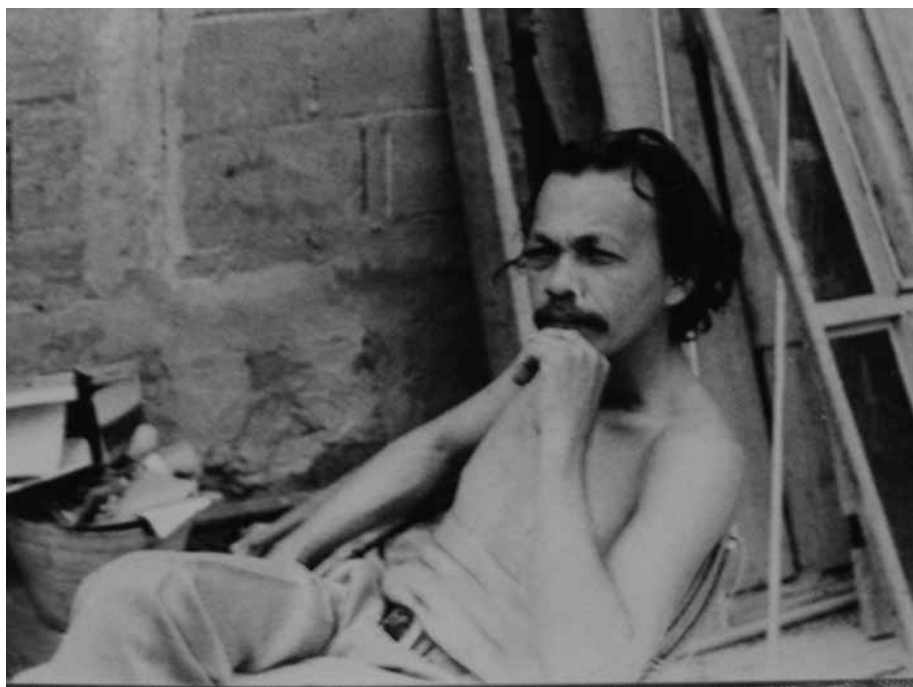
Premio Bárbaro Rivas en el Salón Arturo Michelena, Valencia, estado Carabobo.

A finales de este año, Castillo comienza a padecer una enfermedad que lo aleja de la actividad creadora.

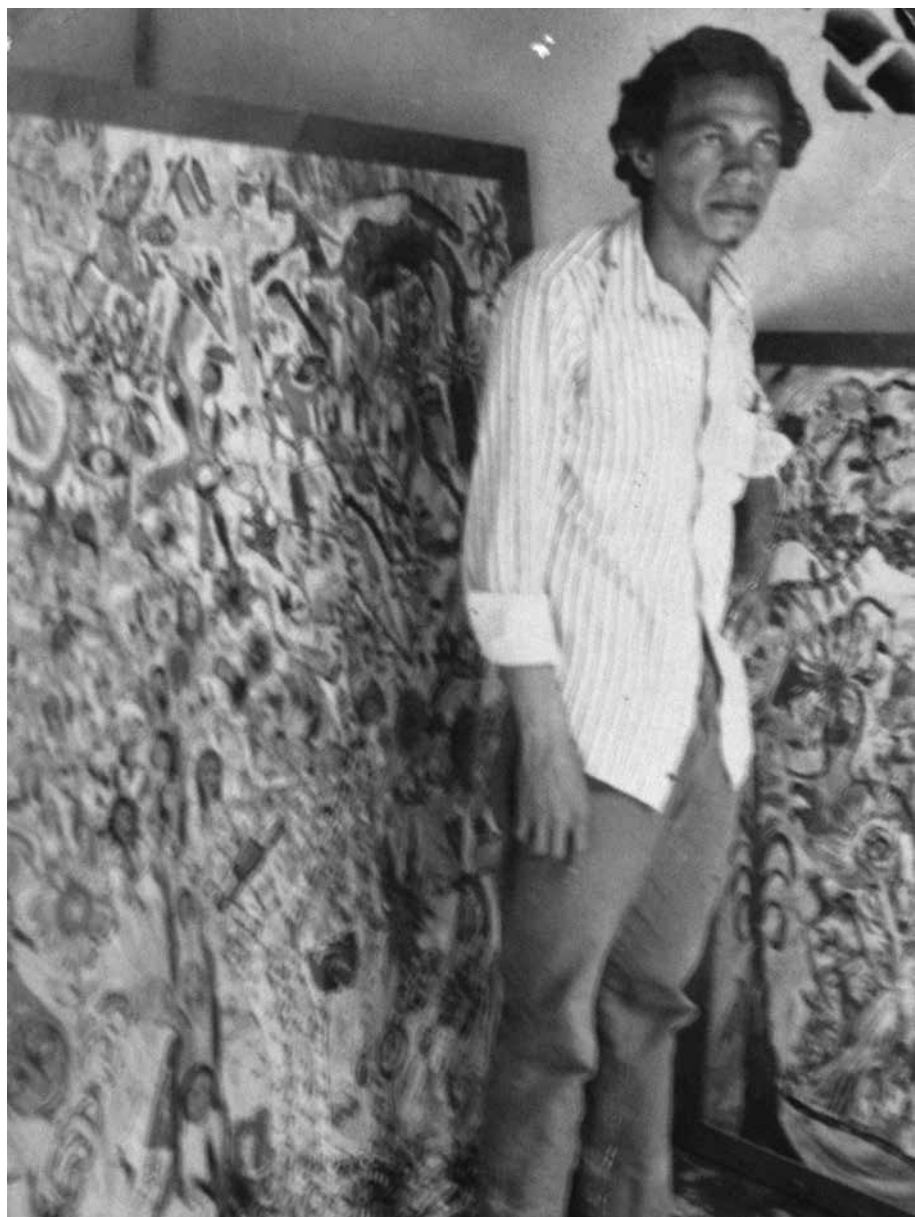
1994. Después de diez años de convalecencia, Claudio Castillo muere el 3 de noviembre en su lar natal de Santa Cruz de Aragua, rodeado de su esposa e hijos.

Claudio Castillo: el hombre y el pintor











Ecuador, 22 de abril de 1973.





Trompetero saliendo del Apocalipsis, 1978. Óleo sobre cartón



Ella puso la mano sobre la tierra y dijo despierta, 1984. Placa sobre tela



Sin título, 1978-1979. Óleo sobre tela



Sin título, 1978. Óleo sobre cartón

Índice

Claudio Castillo: cuentista o una imitación de sí mismo	9
Claudio vivía en sus cuentos	11
Claudio Castillo, el fabulador y el mago	13
Cuento sobre el carnaval de los pájaros	17
Del miedo cerrándome los ojos	19
Vino, se lo llevó y lo trajo ido	23
Guajara	29
Huiloúuuu	31
Cuando exploten las ganas de reventar	35
El Niño Jesús de plástico	39
A la noche vendrá	43
Cuando éramos gente	47
Un ratico nada más	53
Los siguientes días de la perrita	57
Anexos	61
Cronología: vida y obra de Claudio Castillo	63
Claudio Castillo: el hombre y el pintor	65

EDICIÓN DIGITAL
junio de 2018

Caracas, Venezuela

Guajara y otros cuentos

Estos relatos nacen de una geografía que es a la vez física y emocional. Sus personajes logran en todo momento cruzar las fronteras que dividen ambas instancias, presentándose nos como vivos espectros que deambulan por las calles del pequeño pueblo de Santa Cruz de Aragua, al mismo tiempo que, intensos y vertiginosos, realizan un introspectivo recorrido hacia derroteros espirituales, metafísicos. Claudio Castillo logra historias cargadas de surrealismo en las que lo cotidiano es ampliado y repotenciado, significando la realidad como apenas un reflejo de un mundo subterráneo mayor. Un mundo en que sus personajes llevan la tragedia y la esperanza a cuestas.

Claudio Castillo (Santa Cruz de Aragua, 1941-1994). Artista plástico, narrador, dramaturgo y titiritero. Fue fundador y director del grupo de teatro El Poeta Sánchez y de los grupos infantiles de títeres La Tambora y Los Gallinetos. Autor de una obra plástica que sorprendió favorablemente a creadores y críticos de arte como Aquiles Nazoa, Juan Calzadilla, Roberto Guevara, Francisco D'Antonio, Alberto Hernández, Santiago Rojas Perdomo, Wilfredo Carrizales, entre otros. Entre sus reconocimientos, ganó el Concurso Nacional de Cuentos de la Casa de la Cultura de Maracay (1974); Tercer Premio del Concurso de Literatura Infantil de la Universidad de Carabobo (1981) y el Premio Bárbaro Rivas del Salón Arturo Michelena (1984).

